

recia un inmenso rodillo de cristal. Era de un color verde blanquinoso y sin espuma, y barria todo el mar. Avanzaba hácia el quebranta-olas. A medida que se acercaba, se hinchaba; era no sé qué ancho cilindro de tinieblas que rodaba sobre el Océano. El trueno gruñía sordamente.

La ola alcanzó el peñasco el Homme, se dividió en dos y cada trozo fue por su lado. Al volverse á unir, los dos trozos no formaron mas que una montaña de agua, que se hizo perpendicular al quebranta-olas, al cual era antes paralela. Era una ola que tenia la forma de una viga. Era un ariete arrojado contra el quebranta-olas. El choque fue rugidor. Todo se desvaneció en la espuma. El hombre que habia puesto un bozal al Océano no descansaba.

Afortunadamente la tormenta estuvo algun tiempo divagando. Las olas volvieron á encarnizarse en las partes muradas del escollo, lo que fue una repetición de que se aprovechó Gilliatt para completar la bovedilla de refuerzo. En este trabajo se pasó todo el día.

La tormenta siguió ejerciendo su violenta acción contra el flanco del escollo con una solemnidad lúgubre. La urna de agua y la urna de fuego que se hallan en las nubes se vertían sin vaciarse. Las ondulaciones altas y bajas del viento remedaban los movimientos de un dragon.

Siendo el día tan oscuro como una noche, cuando ésta llegó, no se notó siquiera.

Por lo demás, la oscuridad no era completa. Las tempestades, iluminadas y cegadas por el rayo, tienen intermitencias de visible y de invisible. Todo es blanco, y lue-

go todo es negro. El espectador asiste á la salida de las visiones y al regreso de las tinieblas.

Una zona de fósforo, de un color rojo boreal, flotaba como un andrajo de llama espectral detrás de las densas nubes, de lo que resultaba una vasta palidez. La lluvia era luminosa. Aquellas claridades ayudaban á Gilliatt y le dirigian. Hubo una ocasión en que se volvió y dijo al relámpago: ¡alúmbreme! Gracias á su resplandor, pudo levantar la bovedilla de refuerzo mas aun que la primitiva. El quebranta-olas se completó casi del todo. Como Gilliatt amarraba á la roda culminante un cable de refuerzo, el viento le sopló de lleno en la cara, lo que le hizo levantar la cabeza. El viento se habia de pronto inclinado al Nordeste, y volvía por consiguiente á empezar el ataque de la boca del estrecho. Gilliatt echó una mirada á lo lejos. El quebranta-olas iba á ser arrollado nuevamente. Venía una nueva ola. Esta ola acometió rudamente, y siguió otra y despues otra y despues otra, cinco ó seis en tumulto, casi juntas, y por fin una última que fue espantosa.

Esta que era como un total de fuerzas, tenia no sé qué figura de ser viviente. No hubiera sido difícil que la imaginación hubiese dado á aquel entumecimiento y á aquella transparencia aspectos de agallas y de aletas. La ola se rompió y se hizo polvo en su choque con el quebranta-olas.

Su forma casi animal se destrozó en el rechazo. Aquello fue, en la pesada mole de rocas y de tablas, algo parecido al vasto aplastamiento de una hidra. La ola al morir devastaba. Parecía que se encaramaba y mordía. Re-



movió el escollo un profundo temblor con el cual se mezclaban gruñidos de bestia. La espuma se asemejaba á la salida de un leviatan. Al bajar, la espuma dejó ver una avería. El último escalamiento habia causado estragos. El quebranta-olas habia sufrido. Una larga y pesada viga, arrancada de la bovedilla anterior, habia sido arrojada, por encima de la barrera de atrás, contra la roca vertical que momentáneamente habia escogido Gilliatt para puesto de combate. Felizmente, no habia vuelto á subir á ella. De otra suerte hubiera quedado muerto en el acto.

Hubo en la caída de la viga una singularidad, y que impidiendo á la viga rebotar, libró á Gilliatt de contragolpes. Como vamos á ver, en cierto modo hasta le fue útil.

Entre la roca saliente y el escarpe interior del desfiladero, habia un intervalo, una muesca bastante parecida á la entalladura de una hacha ó al alvéolo de una cuña.

Una de las estremidades del tablon, echado al aire por la ola, se habia embutido, al caer, en el alvéolo, y éste se habia dilatado. Ocurrióse á Gilliatt una idea. Pesar sobre la estremidad opuesta.

El tablon, sujeto por un extremo en la hendidura de la roca que él mismo habia ensanchado, salia recto como un brazo tendido, el cual se prolongaba paralelamente á la fachada interior del desfiladero, y la estremidad libre del tablon se alejaba de este punto de apoyo unas diez y ocho ó veinte pulgadas; lo que era una buena distancia para los esfuerzos que habian de practicarse.

Gilliatt con los pies, las rodillas y los puños se apun-

taló contra el escarpe, y apoyó sus dos hombros contra la enorme palanca. El tablon era largo, lo que aumentaba la fuerza de su peso. La roca estaba ya conmovida. Sin embargo, tuvo que multiplicar cuatro veces sus esfuerzos. Le caia de sus cabellos tanto sudor como lluvia. El cuarto esfuerzo fue frenético. Hubo un ronquido en la roca, la muesca prolongada y hendida se abrió como una mandíbula, y la pesada mole cayó en el estrecho del desfiladero con un estrépito terrible á que replicaron los truenos.

Cayó todo entero, si es lícito hablar así, es decir, sin romperse. Figurémonos una torre que se precipita toda como si fuese de una sola pieza. El tablon convertido en palanca siguió al peñasco, y el mismo Gilliatt, cediendo también, estuvo próximo á caer. En aquel punto habia poca agua y el fondo estaba cubierto de chinarras.

El monolito, en un embate de espuma que salpicó á Gilliatt, quedó echado entre las dos grandes rocas paralelas del desfiladero y formó una muralla trasversal, especie de eslabon que unia los dos escarpes. Sus dos extremos tocaban el desfiladero, y siendo demasiado largo, su vértice, que era de roca musgosa, se rompió al encajarse.

Resultó de esta caída un callejon sin salida muy singular, que aun actualmente puede verse. El agua, detras de aquella barrera de piedra, está casi siempre tranquila.

Aquella trinchera era mas invencible aun que el trozo de la proa de la Duranda embutida entre los dos Douvres.

Fue una trinchera que intervino muy á tiempo.

Habia continuado la marejada. La ola se obstinaba



siempre contra el obstáculo. La primera bovedilla atacada empezaba á desarticularse. Una sola malla deshecha es en un quebranta-olas una avería grave. El ensanche del agujero es inevitable, y no hay medio de repararlo en el acto, porque el oleaje se llevaria al trabajador.

Una descarga eléctrica que alumbró el escollo descubrió á Gilliatt el estrago que se hacia en el quebranta-olas.

Los tablonos se habian aflojado, los cabos de cuerda y de cadena empezaban á ser juguete del viento, y habia una abertura en el centro del aparato. La segunda bovedilla estaba intacta.

El pedrusco, tan poderosamente echado por Gilliatt en el estrecho detrás del quebranta-olas, era la mas sólida de las barreras, pero tenia el defecto de ser una barrera demasiado baja. El oleaje no podia romperla, pero podia pasar por encima de ella. Y no habia que pensar en levantarla mas. Solo podian sobreponerse útilmente á aquella barrera de piedra masas de roca; ¿pero cómo desprenderlas, cómo arrastrarlas, cómo consolidarlas?

Se colocan tablas sobre tablas, no rocas sobre rocas.

Gilliatt no era Encédalo. La poca elevacion de aquel pequeño istmo de granito preocupaba á Gilliatt.

No tardó en dejarse sentir esta falta. Las ráfagas no dejaban en paz el quebranta-olas, y hacian algo mas que encarnizarse con él; hubiérase dicho que no se ocupaban mas que de su destruccion. Se oia una especie de pataleo sobre aquella armazon tan traqueteada.

De repente un pedazo de burel, destacado de aquella

dislocacion, saltó mas allá de la segunda bovedilla, y fué á parar al desfiladero donde el agua se apoderó de él y lo arrastró á las sinuosidades de la calleja. Allí Gilliatt lo perdió de vista. Era probable que el trozo de viga fuese á chocar con la panza. Afortunadamente, en el interior del escollo, el agua, cerrada por todos lados, se resentia apenas del sacudimiento exterior. Habia poca marejada, y el choque no podia ser muy rudo. Por lo demás, Gilliatt no habia tenido tiempo de ocuparse de aquella avería, si era avería realmente. Todos los peligros se presentaban á un mismo tiempo. La tempestad se concentraba en el punto vulnerable, y delante de él estaba la inminencia.

Hubo un momento en que por una connivencia siniestra, interrumpiéndose los relámpagos, la oscuridad fue profunda. La nube y la ola no formaron mas que un solo enemigo, y se oyó un golpe sordo. A este golpe sucedió un fracaso. Gilliatt adelantó la cabeza.

La bovedilla, que era el frente de la barrera, estaba hundida. Se veian saltar en las olas las estremidades de las vigas, y el mar se servia del primer quebranta-olas para batir en brecha el segundo. Gilliatt espermentó lo que espermentaria el general que viese derrotada su vanguardia.

La segunda fila de tablonos resistió el choque. La armadura de tablonos estaba muy reciamente atada y apuntalada. Pero la bovedilla rota era pesada, y estaba á discrecion de las olas que la arrojaban, y la volvian á coger, y la volvian á arrojar, conservando siempre todo su volúmen, porque la impedian hacerse pedazos las ligaduras que aun



conservaba. Así es como las cualidades que le había dado Gilliatt como aparato de defensa hacían de ella una excelente máquina de destrucción. Era un escudo convertido en maza. Además, las quebraduras le daban puntas; salían de su superficie numerosos clavos y astillas, y estaba como cubierta de dientes y de espolones. No había para ser manejada por la tempestad otra arma contundente más temible y más propia. Ella era el proyectil y el mar era la catapulta. Los golpes se sucedían con una especie de regularidad trágica. Gilliatt, pensativo detrás de aquella puerta tapiada por él, oía como llamaba el mar á ella, queriendo entrar.

Reflexionaba amargamente que, sin la chimenea de la Duranda tan fatalmente retenida, á aquellas horas habría ya entrado en Guernesey y en el puerto con la panza en seguridad y la máquina salvada. Se realizó lo que temía. Hubo un fraccionamiento que produjo un ruido como de estertor. Toda la armazón del quebranta-olas á la vez, las dos armaduras confundidas y desmenuzadas á un mismo tiempo, fueron arrastradas por las olas á la barrera de piedra como una montaña contra otra, y allí se detuvieron.

Aquello no fue más que un caos, una informe maleza de tablones, penetrable á las olas que seguían pulverizándola. Aquella muralla vencida agonizaba heroicamente.

El mar la había despedazado, y aun él se rompía en ella. Estaba derribada, y hasta cierto punto era aun eficaz. La roca formando barrera, obstáculo sin retroceso posible, la sujetaba por el pie.

Como hemos dicho, el desfiladero era muy estrecho en

aquel punto; la ráfaga victoriosa había hecho retroceder, destrozado y machacado, el quebranta-olas todo entero en el estrecho, y la violencia misma del empuje, apilando las vigas y hundiendo las unas en las fracturas de las otras, había hecho de aquella demolición un aplastamiento sólido.

Lo que estaba destruido se había hecho inmóvil. No se arrancaron más que algunos tablones que dispersó el oleaje.

Uno de ellos hirió el aire muy cerca de Gilliatt, que sintió en la frente el viento que arrojaba con ímpetu.

Pero algunas de las grandes olas, que vuelven en las tormentas con una periodicidad imperturbable, saltaban por encima del arruinado quebranta-olas, y al caer en el desfiladero, á pesar de los recodos que en ésta había, agitaban el agua. El estrecho empezaba á agitarse en demasía. El beso oscuro de las olas á las rocas se acentuaba.

¿Cómo impedir que la agitación se propagase hasta la panza? No necesitarían mucho tiempo aquellas ráfagas para volver tempestuosa toda el agua interior, y unas cuantas olas bastarían para abrir la barca y tragarse la máquina.

Gilliatt se estremecía. Pero no se desconcertaba. No había derrota posible para su grande alma. El huracán había encontrado la coyuntura favorable, y se engolfaba frenéticamente entre las dos paredes del estrecho.

De repente, á alguna distancia detrás de Gilliatt, resonó y se prolongó en el desfiladero un chasquido más espantoso que todo lo que Gilliatt había oído hasta entonces.

El chasquido procedía del lado en que se hallaba la panza. Sucedia algo funesto. Gilliatt corrió á la barca.